

CAPITULO III.

Del orden con que deben colocarse las palabras, para indicar su mútua dependencia.

Poco es tambien lo que puede enseñarse en una gramática general acerca de este punto que en las particulares pide ser tratado muy extensamente, aunque las mas de ellas le omiten. Así, me limitaré á unas cuantas observaciones generales, que no dejan de ser algo curiosas.

Siendo la oracion «la enunciacion «oral del pensamiento», es claro que las palabras de que conste se han de colocar en el mismo orden con que las idéas á que corresponden se presentan, ú ofrecen, al entendimiento; pero la dificultad está en saber y determinar cuál es el orden intelectual de las idéas. Porque, observan-

do atentamente lo que pasa en nosotros cuando hablamos, vemos que el orden en que se van excitando las idéas no es exactamente el mismo en todas ocasiones. Cuando discurremos tranquilamente sobre cualquier asunto, la primera idéa que se ofrece al entendimiento es la de la cosa de que nos proponemos hablar, y luego van sucediéndose las de las cualidades que en ella observamos y los movimientos que ejecuta, con todas sus circunstancias de tiempo, lugar, modo &c. Mas, cuando hablamos fuertemente agitados por alguna conmocion del ánimo, la idéa que primero se nos presenta es la del objeto que nos causa aquella violenta agitacion; y despues vienen las otras con mas ó ménos inmediacion á la primera, segun la mayor ó menor importancia que tienen para nosotros en aquella situacion determinada. Así, lo pri-

mero que el niño hambriento vé en su imaginacion, y lo primero que de consiguiente nombra, es el alimento que deséa, v. g. el *pan*; y solo secundariamente enuncia, cuando es necesario, la persona á quien se dirige y la accion que esta haya de ejecutar para alcanzarse. De este hecho incontestable resulta que el órden en que se nos presentan las idéas es de dos especies, el del raciocinio, y el de la imaginacion; los cuales, en consecuencia, se llaman, con bastante propiedad, *lógico* el 1.º y *oratorio* el 2.º

Hasta aquí todos los gramáticos y literatos están de acuerdo; pero luego pasan á disputar sobre cuál de los dos es el órden natural, y cuál es mas ó ménos favorable á la energía y claridad de las expresiones.

Sobre la primera cuestion no será difícil terminar de una vez la dispu-

ta, observando que todas las operaciones mentales que el hombre ejecuta, obrando conforme á su *naturaleza*, son por lo mismo *naturales*; y de consiguiente que tan natural es el órden con que las idéas se suceden en la tranquila meditacion, como el que guardan en el arrebató de las pasiones.

En quanto á la segunda, fácil será tambien demostrar que el órden oratorio, ó como algunos dicen *inverso*, es mucho mas ventajoso para expresar con fuerza y energía los pensamientos, que no el llamado *lógico* ó *directo*. En efecto, consistiendo en parte la energía de las expresiones en que estas presenten las idéas en aquel órden que mas bien indique su importancia relativa; es claro que el órden mas favorable para hacerla sentir será el que sigue la imaginacion al excitarlas, pues cabal-

mente es el de esta misma importancia.

Sobre la tercera, es decir, en cuanto á si el órden inverso perjudica ó no á la claridad de la expresion, tampoco sería larga la contienda si hablásemos con los griegos y los romanos, cuyas lenguas, por tener declinaciones y pasivas, permitian emplear mas fuertes y numerosas inversiones que las que admite una lengua privada de aquellos ingeniosos recursos. Los latinos, por ejemplo, nos dirian: 1.º que para ellos tan claras son estas frases »*Civis Romanus sum, Romanus civis sum, Romanus sum civis, sum Romanus civis*» inversas todas, como la directa »*sum civis Romanus*»: 2.º que en general se entienden mejor las inversas; porque, exigiendo mas atencion para ver el enlace de las palabras unas con otras, no esta-

mos expuestos á las frecuentes distracciones que padecen los que al oír una frase en el órden directo, y comprendiendo desde luego por las dos ó tres primeras voces el del todo pensamiento, prestan ménos atencion á los pormenores; y 3.º que, si alguna rara vez las frases inversas de su lengua presentan un sentido doble ó anfibológico, esto sucede con mucha mas frecuencia en las que, por carecer de pasivas y declinaciones, tienen que seguir por lo general el órden directo. Esto nos dirian, y con razon, los que hablaron el idioma de Virgilio; pero como no son ellos los que han promovido la presente cuestion; es necesario entrar en algunas otras explicaciones, para combatir el error de los que sostienen que el órden directo presta mas auxilios que el inverso para expresar con claridad las idéas.

Los que así lo dicen son los franceses; á los cuales sucede lo que á las personas que habitan de continuo en lugares de mal olor; y es que, familiarizadas toda su vida con aquella impresion desagradable, ya no sienten incomodidad ninguna, y se admiran de que su infecta habitacion no parezca á los demas una mansion deliciosa. Habitados aquellos á pensar y explicarse en una lengua de monótona sintáxis, se figuran que esta cansada monotonía es la suprema claridad. Porque ellos tienen que colocar casi siempre el sustantivo ántes del adjetivo; porque sus verbos no pueden andar sin llevar por delante las guias de los pronombres; porque rara vez pueden anteponerles los complementos directos é indirectos, y porque están sujetos á otras muchas trabas que sería prolijo enumerar; se imaginan que toda colocacion de vo-

ces en que no se observe el orden procesional de su ceremoniosa gramática perjudica á la claridad del discurso: y tienen la presuncion de llamar á su mal formada lengua la mas lógica, clara y analítica de todas. Esta es una equivocacion que conviene deshacer, no para convenecer á los franceses, porque el tiempo que en esto se empleára sería tan perdido como el que se gastase con un ciego empeñándose en hacerle distinguir lo negro de lo blanco; sino porque entre nosotros repiten á cada paso lo mismo los que, habiendo estudiado estas materias en libros franceses, proclaman como verdades inconcusas cuanto en ellos han leído.

Pues no es así: la lengua francesa no es en sí misma, ni mas clara, ni mas lógica, ni mas analítica que la italiana y la española, que, siendo como ella hijas de la romana, y ha-

biendo perdido tambien la declinacion y las pasivas, se ven igualmente precisadas á observar en las construcciones el órden directo, aunque no tan servilmente como su hermana. Si esta tiene artículo especificativo, tambien aquellas le tienen; y si con los auxiliares *être* y *avoir* forma tiempos compuestos y suple las pasivas con el primero, lo mismo hacen las otras dos. ¿Qué ventaja, pues, las lleva? A la italiana ninguna: á la española la de tener en uso varios participios activos de los verbos, cuando á los nuestros les faltan; pero en cambio nosotros tenemos el llamado gerundio en *ando* y en *endo* distinto del participio activo; tenemos un verbo *estar* distinto del verbo *ser*, y las terminaciones neutras de los artículos, *lo*, *esto*, *eso*, *aquello*, que el francés suple con su *ce*, y tenemos otras muchas ventajas cuya exposi-

cion pediria un largo tratado. Y siendo esto así ¿cómo ha podido generalizarse la preocupacion de que la lengua francesa es la mas clara de todas? La razon es muy óbvia. La nacion francesa, en su totalidad, ha sido hasta aquí la mas culta é ilustrada de Europa, la que de dos siglos á esta parte ha cultivado con mas ardor las ciencias, artes y letras, y la que, proporcion guardada, ha tenido mas número de buenos profesores en todos los ramos del saber: y por esta reunion de circunstancias los franceses, en general, son los que escriben con mas claridad; no porque la lengua que manejan sea mejor que las otras, sino porque los escritores son mas instruidos. Así, la claridad que por lo comun se observa en sus escritos no está en la lengua, sino en la cabeza de los autores. Tratan estos de materias que tie-

nen bien estudiadas, y les sucede, y debe suceder, lo que dijo su Boileau «*Ce que l'on conçoit bien, s'énonce clairement.*» La prueba de que el mérito de la claridad no es de la lengua, sino del escritor, es palmaria y demostrativa. Si consistiese en la lengua los franceses todos escribirían con claridad, y no es así. Léanse, entre sus autores antiguos el Abad de St. Cyran, y entre los modernos Bonald, Keratry, y algunos otros, y se verá como, á pesar de su clarísima lengua, son horrorosamente oscuros. Hay mas; de algunos años á esta parte, se ha hecho de moda entre los franceses cierto estilo tan abundante en conceptos sutiles, antitéticos y epigramáticos, tan estudiado, tan neológico, y tan afectadamente *repulido*, que ni en prosa ni en verso tienen ya muchos de sus escritos la

claridad que tenían los de su siglo de oro.

Resulta, pues, que tanto el orden lógico, ó directo, como el oratorio, ó inverso, son naturales, y deben emplearse alternativamente segun el estado de tranquilidad ó de agitacion interior en que se halle el que expresa sus pensamientos: que la inversion no es ni puede ser tan frecuente y atrevida en las lenguas que no tienen declinacion ni pasivas, como en las que supieron emplear tan admirables recursos: que el orden inverso de las lenguas antiguas contribuye poderosamente á la energía de la expresion; y que léjos de perjudicar á la claridad, está ménos expuesto que el directo de las modernas á construcciones anfibológicas, y tiene la gran ventaja de mantener mas despierta la atencion del lector ó del oyente.